

Viernes, 20 de enero de 2017
“La Nueva Alianza”

Hb 8,6-13

Hermanos: Cristo ha recibido un ministerio muy superior, porque es el mediador de una Alianza más excelente, fundada sobre promesas mejores. Porque si esta primera Alianza hubiera sido perfecta, no habría sido necesario sustituirla por otra. En cambio, Dios hizo al pueblo este reproche: Llegarán los días -dice el Señor- en que haré una Nueva Alianza con la casa de Israel y la casa de Judá, no como aquella que hice con sus padres el día en que los tomé de la mano para sacarlos de Egipto. Ya que ellos no permanecieron fieles a mi Alianza, yo me despreocupé de ellos -dice el Señor- : Y ésta es la Alianza que estableceré con la casa de Israel después de aquellos días -dice el Señor- : Pondré mis leyes en su conciencia, las grabaré en su corazón; yo seré su Dios y ellos serán mi Pueblo. Entonces nadie tendrá que instruir a su compatriota ni a su hermano, diciendo: "Conoce al Señor"; porque todos me conocerán, desde el más pequeño al más grande. Porque yo perdonaré sus iniquidades y no me acordaré más de sus pecados. Al hablar de una Nueva Alianza, Dios declara anticuada la primera, y lo que es viejo y anticuado está a punto de desaparecer.

¡Qué maravillosa es la profecía que nos ofrece la lectura de hoy! „Pondré mis leyes en su conciencia, las grabaré en su corazón“. La carta a los hebreos habla de una Nueva Alianza que es sellada por Jesucristo para nosotros. En ella recibimos un nuevo y más profundo conocimiento de Dios. ¡En verdad debería ser así!

La relación íntima con Jesús debería permitirnos escuchar cada vez mejor al Espíritu Santo, que nos ha sido prometido y concedido. Con Él podríamos concebir la ley ya no como algo que se nos impone desde afuera para reglamentarnos, sino que podríamos entenderla en toda su belleza y veracidad. En las Escrituras leemos que „los mandamientos del Señor son rectos y alegran el corazón“ (Sal 19,8).

El Espíritu del Señor nos enseña que los mandamientos no son solamente señales de advertencia que no podemos pasar por alto, sino que están llenos de sabiduría.

Por ejemplo: la fidelidad en el matrimonio ennoblece la relación entre hombre y mujer, hace madurar a la pareja, es reflejo de la fidelidad de Dios... Por el contrario, la infidelidad destruye la relación muchas veces irremediamente, y lastima gravemente la seriedad de la unión entre el hombre y la mujer. En un sencillo mandamiento (No cometerás adulterio) se esconde tanta belleza. En el Espíritu Santo, pues, vamos descubriendo cada vez más los mandatos divinos en toda su profundidad.

Dios quiere ser nuestro Padre, Padre de todos los hombres en el mundo. Él quiere que lo reconozcamos como Padre amoroso, que lo honremos y que lo amemos. Nuestra relación con Él no debe estar marcada por el temor, aunque el santo temor de Dios ennoblece al hombre. Pero no se trata aquí de vivir en una actitud servil frente a Dios. El hombre debe estar colmado con el amor del Espíritu Santo, de modo que tenga un anhelo profundo de guardar los mandamientos de Dios y de cumplirlos, a causa de su sabiduría y su belleza.

El Espíritu Santo obra en nosotros el reconocernos como pueblo de Dios, como sus amados hijos.

A continuación tenemos en el texto esta bellísima promesa: que todos lo reconocerán y que ya no hará falta que el uno instruya al otro. Se trata de una promesa que hasta el momento solo ha empezado a cumplirse. Pero realmente sucede que cuando se vive en el mismo Espíritu cada vez es menos necesaria la instrucción por parte de otra persona. Pues el Espíritu Santo es el Maestro, y nosotros, como sus discípulos, nos confortamos mutuamente en este Espíritu.

El Espíritu Santo nos enseñará especialmente que en Cristo obtenemos el perdón de las culpas. ¡Nos lo enseñará una y otra vez! Él abrirá nuestras profundidades y nos hará comprender cada vez mejor cuánto ha hecho Dios por nosotros, de manera que ya no podremos salir de nuestro asombro.

El perdón abre el camino para el Espíritu de Dios. Su perdón se va haciendo cada vez más eficaz y nos confiere la capacidad de perdonar a otros, concibiéndolo como una obligación moral.

¡Cuántas barreras humanas nos quedan por superar! ¡Cuánta falta le hace a

nuestro corazón dejarse formar por el Espíritu Santo! Pero ya no se trata de imposibles... ¡Ahora es posible en virtud del Espíritu del Señor que nos ha sido donado en la Nueva Alianza!

Todos, pequeños y grandes, lo reconocerán. Cada uno puede ser instruido por el Espíritu de Dios y podemos aprender de todos. Y Dios nos perdona nuestra culpa y ya se acuerda más de ella... ¡Qué gracia tan grande!